



EL GRAN CONDE DE ARANDA

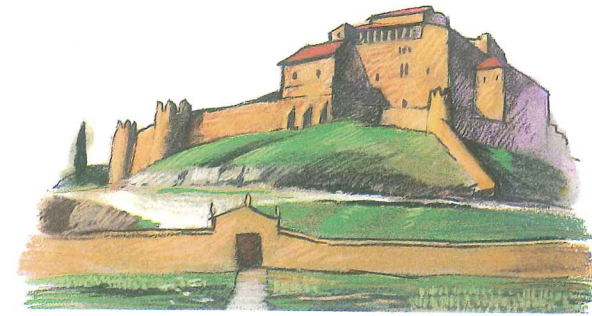
J o s é L u i s C a n o



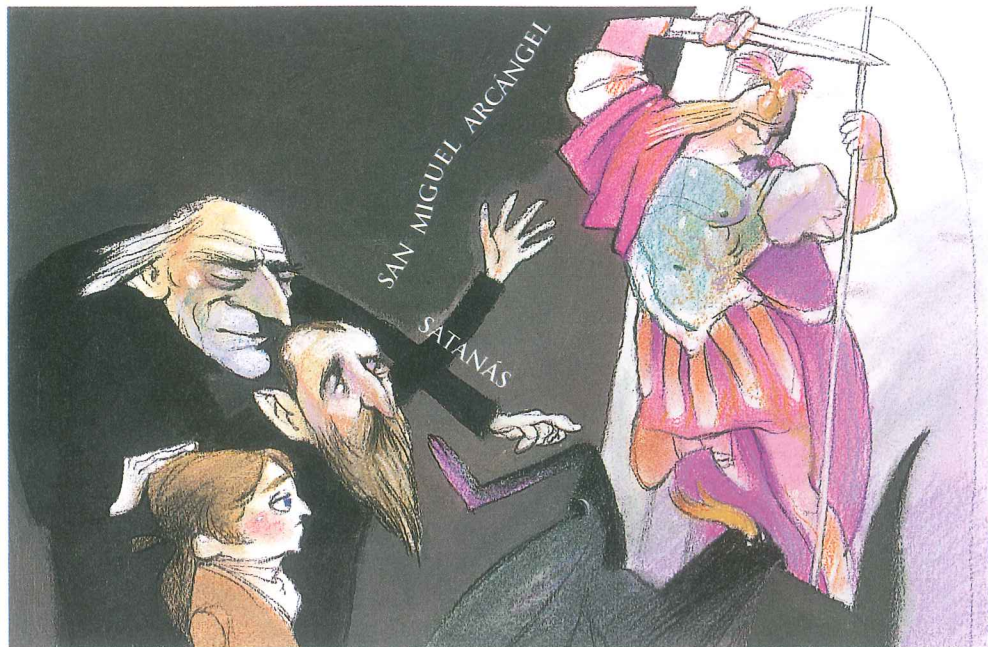
© JOSÉ LUIS CANO
© XORDICA EDITORIAL
Diseño y maquetación: XORDICA EDITORIAL
Hernán Cortés, 32. Esc. 1.ª 8.º B
50005 ZARAGOZA
Telf.: 908 - 03 39 49
Fax: 976 - 22 02 46

Depósito Legal: Z. 1158-98
ISBN: 84-88920-28-8
1.ª edición: 10.500 ejemplares

Impreso en Talleres Editoriales Cometa, S. A.



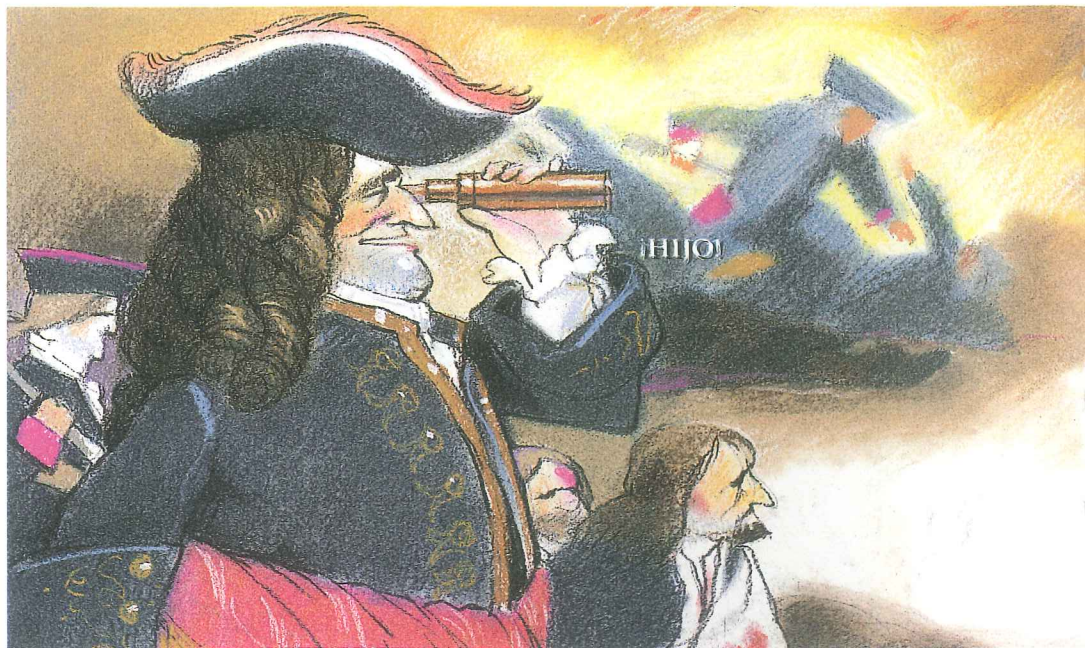
Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea, X Conde de Aranda,
fue un aragonés muy grande que empezó de pequeño.
Cuando nació en el castillo de Siétamo, en 1719, sólo era
Duque de Almazán.



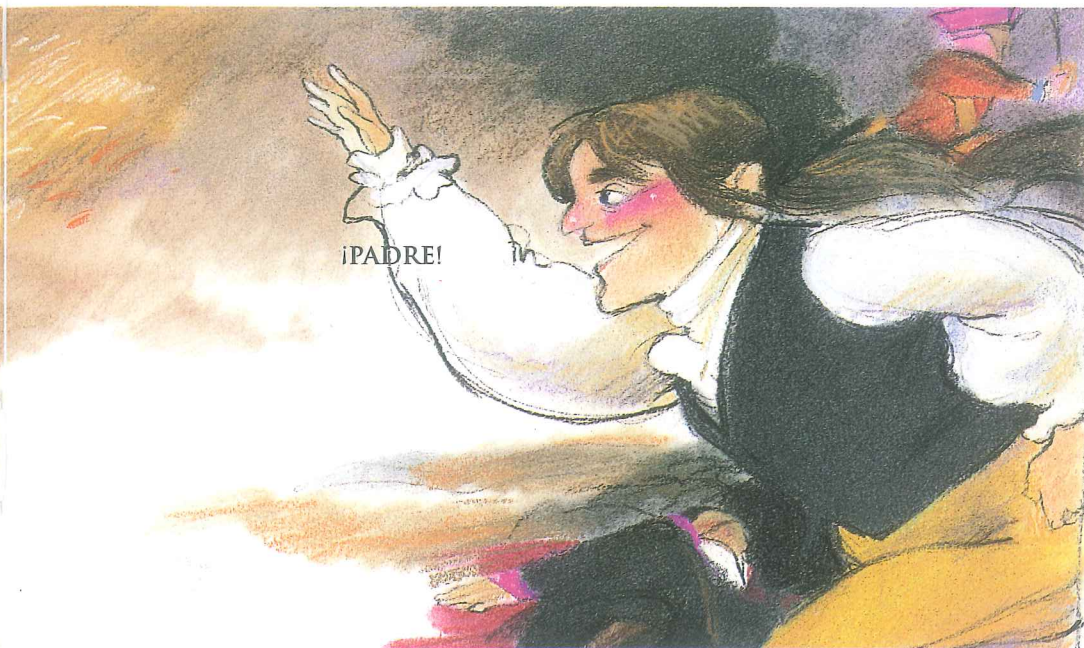
De niño tenía dos tutores: el Padre José y el Padre Tomás. El Padre Tomás le hablaba del Cielo y el Padre José, del Infierno. El duquesito, de momento, no quería ir ni al Cielo ni al Infierno: quería ir a la guerra, como su padre.



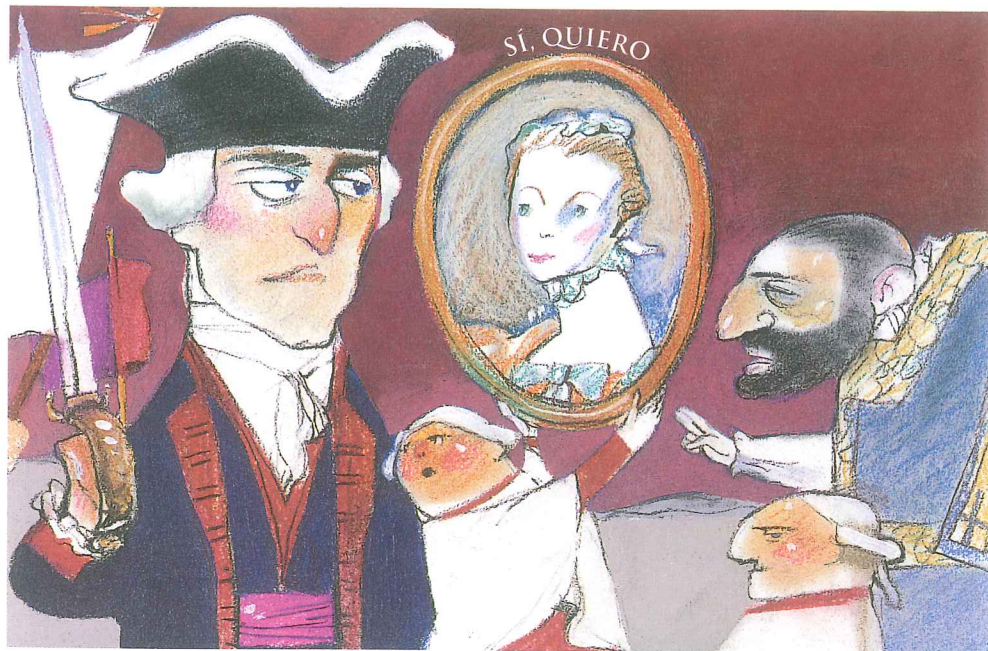
En lugar de llevarle a la guerra, le llevaron interno al Colegio para Nobles de Parma que, como su propio nombre indica, estaba muy lejos de su casa. Allí fue haciéndose cada vez más grande mientras estudiaba con los padres jesuitas.



Una mañana le despertó el estruendo de unos cañonazos y supo que su padre, al mando del Regimiento Inmemorial de Castilla, estaba rodeado por el enemigo a las puertas de la ciudad.



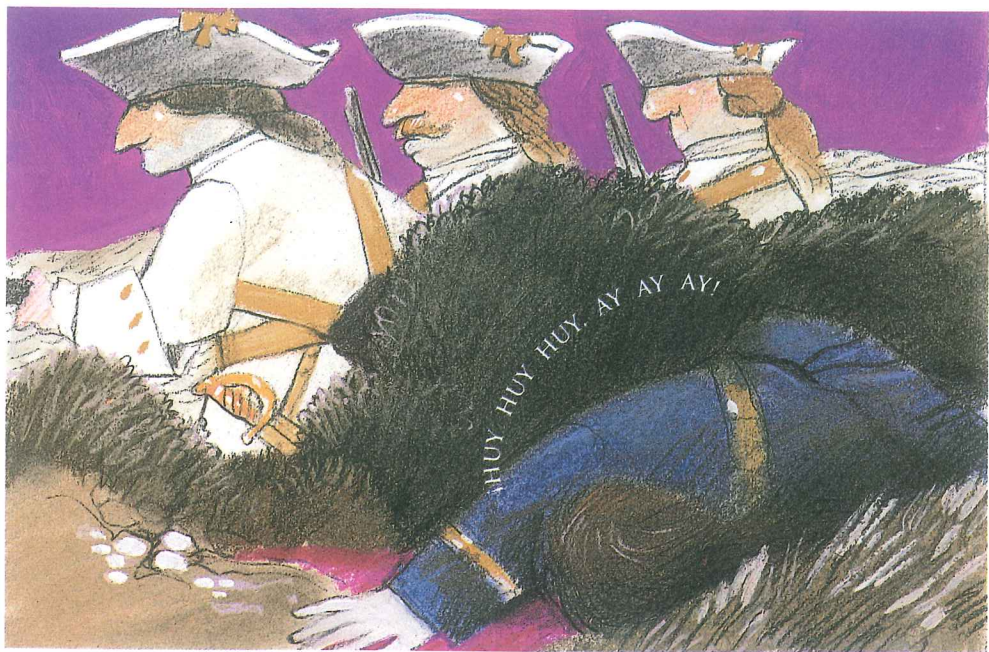
Ni corto ni perezoso se escapó del Colegio, atravesó las líneas enemigas, se incorporó a la batalla y luchó como un valiente hasta alcanzar la victoria. Tenía diecisiete años y fue el día más feliz de su vida.



Se quedó en el ejército y no se perdía una batalla.
Entre batalla y batalla tuvo tiempo para casarse por poderes con
doña Ana María del Pilar Fernández de Híjar.
Y un año más tarde, entre batalla y batalla, tuvo tiempo para acercarse
hasta España y conocer a su esposa.

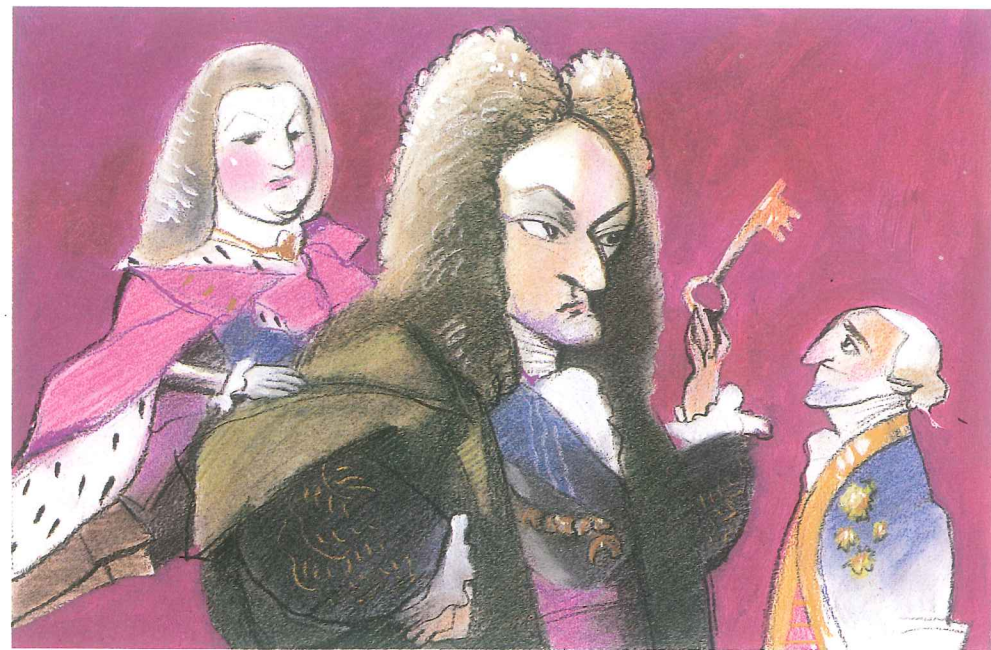


Como cada día era más grande y más valiente, le nombraron Capitán de
Granaderos y Coronel de Infantería.
Tras la muerte de su padre, pudo ostentar, por fin, el título de
Conde de Aranda.



Acababa de ser nombrado Brigadier cuando cayó herido en la batalla de Campo Santo, en Lombardía.

Estuvo muchas horas inconsciente, a punto de desangrarse escondido entre unos arbustos. Sus soldados le encontraron al anochecer y sus jefes le mandaron a España de permiso.

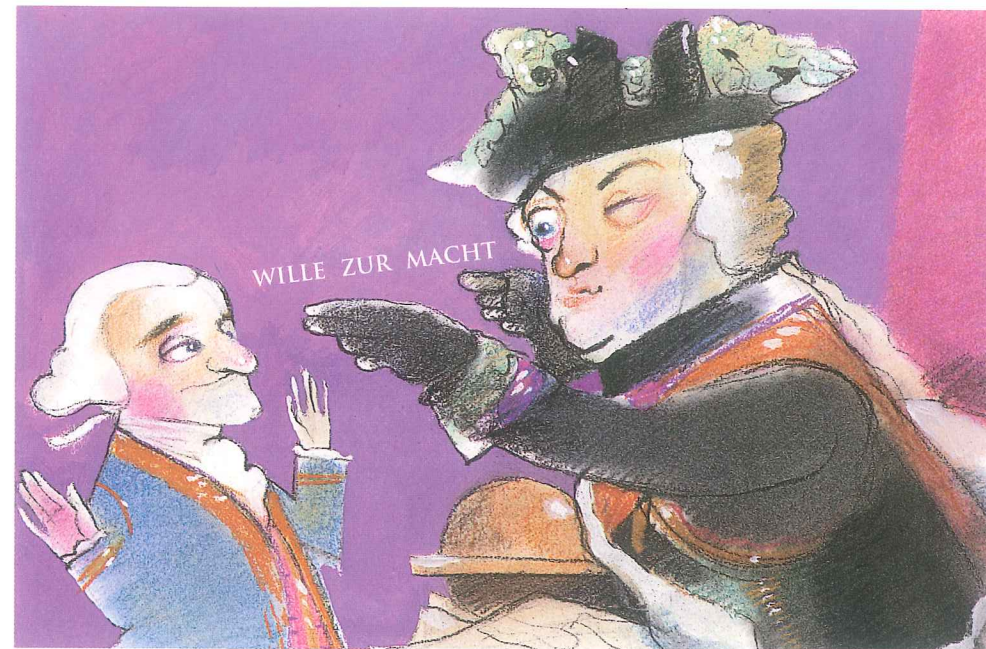


El Rey Felipe V le nombró Gentilhombre de la Real Cámara y, un año después, Fernando VI le nombró Mariscal de Campo.

Él lucía muy ufano todas sus condecoraciones y cuando parecía que no le cabía ni una más, se hacía un poco más grande y encontraban hueco para colgarle otra.



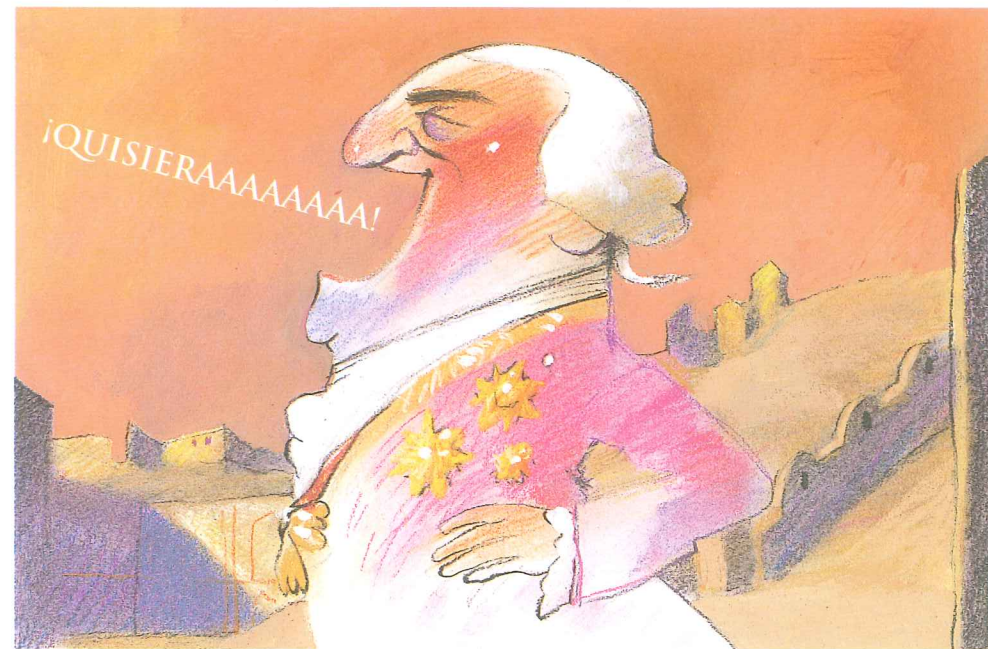
Acabada la guerra se tomó unas merecidas vacaciones de varios años viajando por toda Europa, relacionándose con gente más grande incluso que él y aprendiendo lo que no había aprendido con los padres jesuitas.



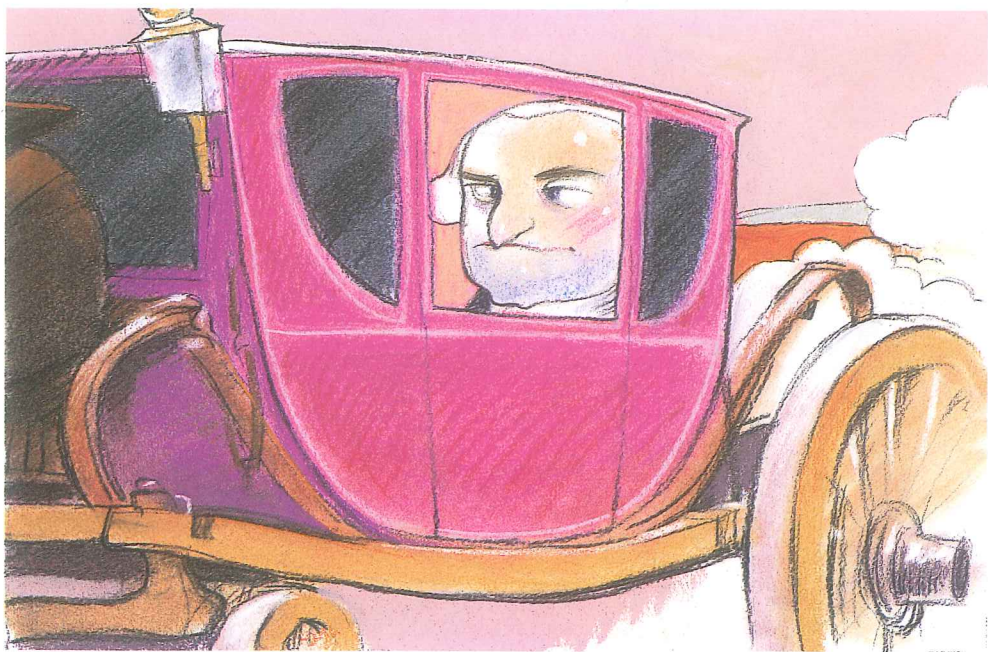
Visitó grandes ciudades: París, Viena, Berlín... En todos los sitios hacía grandes amigos y aprendía grandes cosas. En Postdam, por ejemplo, hizo amistad con Federico II el Grande, rey de Prusia, que le dio clases de estrategia militar y le regaló una marcha de granaderos.



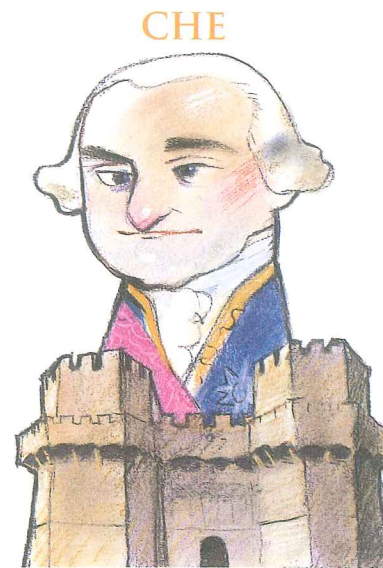
A su regreso, se había hecho casi tan grande como su amigo Federico, así que no tuvieron más remedio que nombrarle Grande de España de primera clase, además de Teniente General y embajador extraordinario en Lisboa.



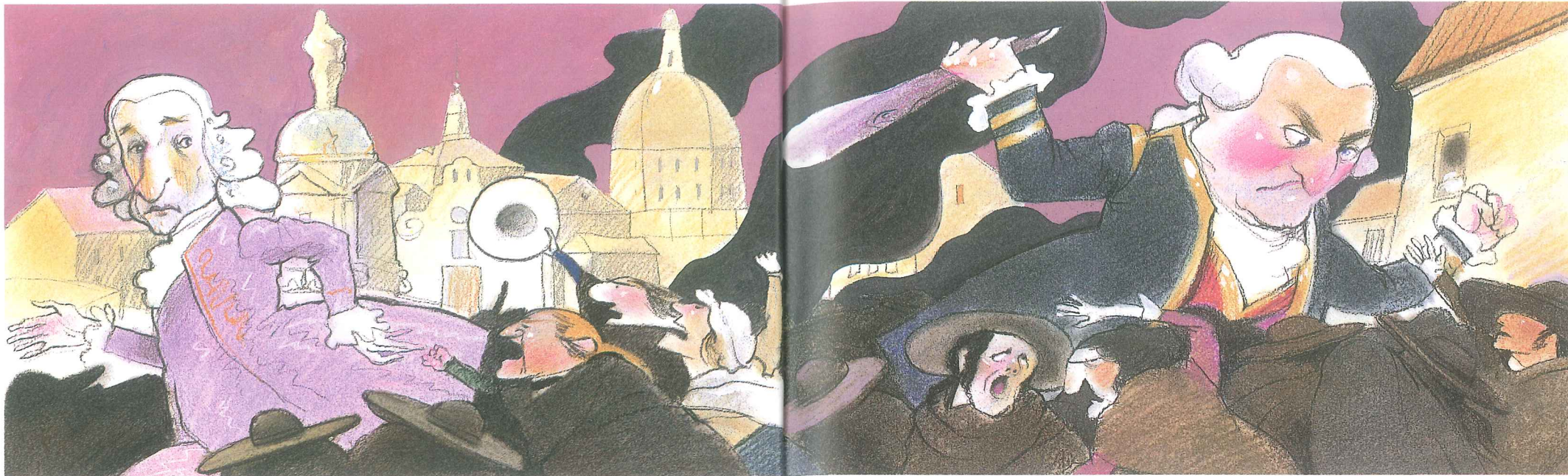
El conde encontró la ciudad derruida por un terremoto. Por eso los portugueses se pusieron de los nervios cuando el nuevo embajador, para celebrar que acababan de nombrarle caballero de la Insigne Orden del Toisón de Oro, se puso a cantar unas jotas que temblaba el misterio.



Después lo llevaron de acá para allá. Tan pronto era Director General, o Coronel del Regimiento de Artillería e Ingenieros, como embajador extraordinario en Polonia, o Jefe Supremo del ejército hispano-francés en la nueva guerra contra los portugueses.



Se conoce que, con tanto trasiego, el pobre conde no se centraba, y en aquella guerra se hizo un lío y no supo ni ganar ni perder. Tal vez por eso, sólo le nombraron Capitán General de los reinos de Valencia y Murcia y Presidente de la Audiencia de Valencia.

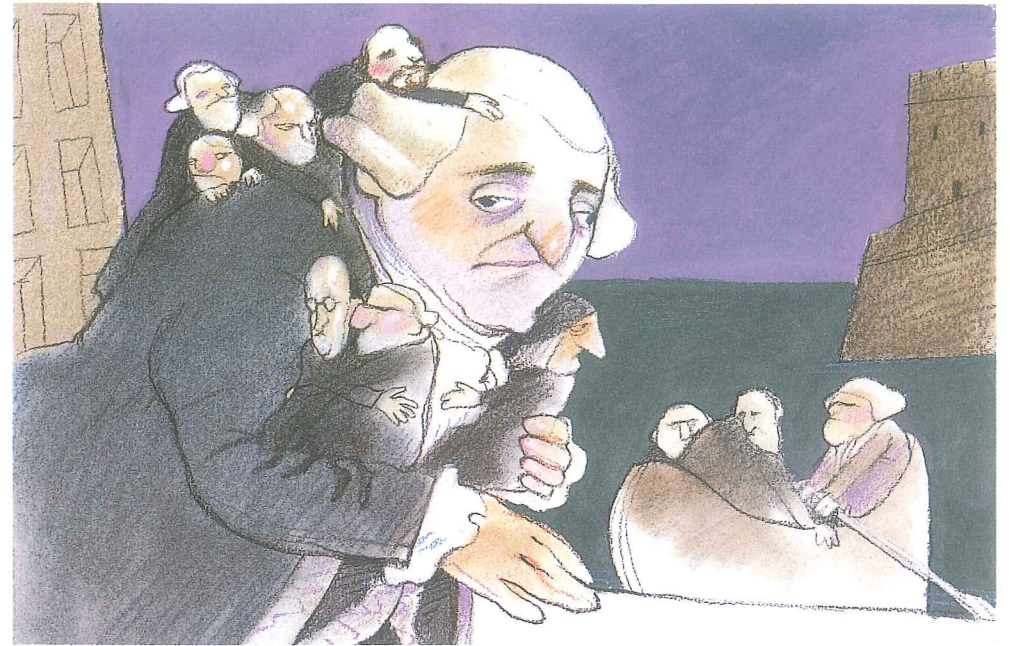


Había, por entonces, en España, un ministro italiano llamado Esquilache empeñado en que los españoles adoptasen las modas europeas. El pueblo, que no podía permitirse esos lujos,

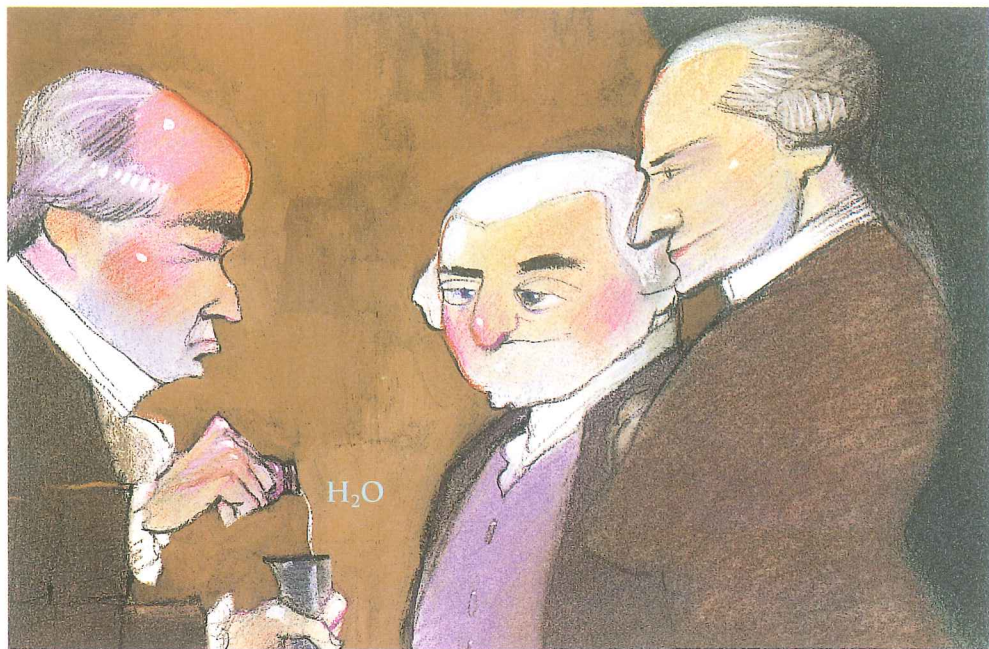
se amotinó ante tamaña provocación; Esquilache tuvo que salir corriendo y el Conde de Aranda, tras poner orden a porrazo limpio, fue nombrado Presidente del Consejo de Castilla.



Un buen día, como también era Capitán General de Castilla, Supremo Magistrado del Reino y Comandante General del Ejército y la Policía, le ordenaron expulsar de España a los jesuitas que, por lo visto, eran de los que más enzurizaban a la gente contra las modas europeas.



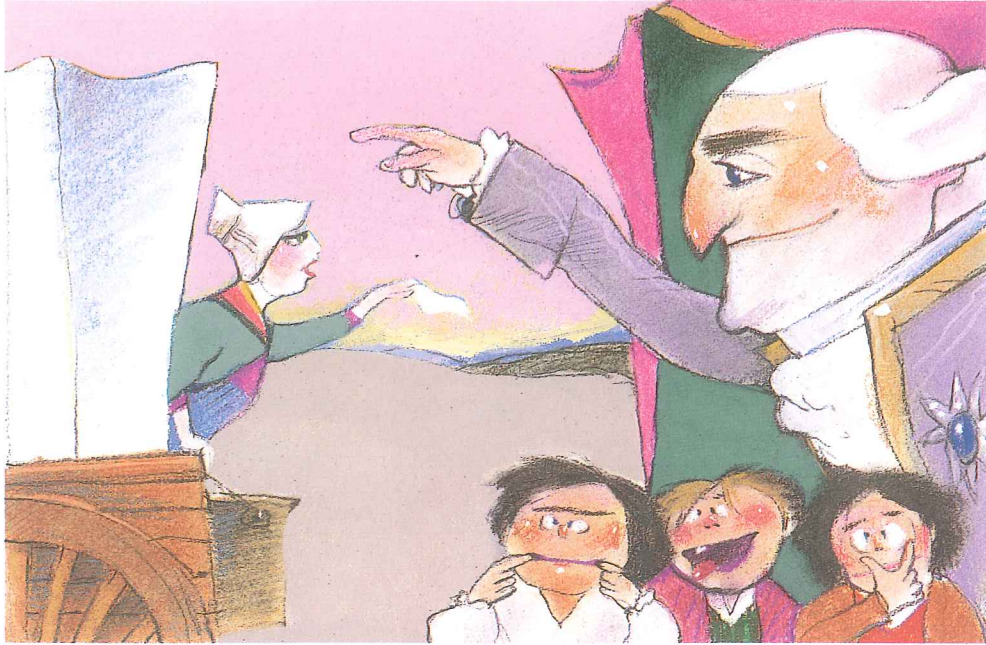
El conde, que había sido alumno suyo pero les tenía simpatía, preparó una bolsita de viaje para cada uno, con una libra de chocolate y un paquete de tabaco, y los llevó en brazos, como un padre, hasta el puerto de Cartagena. Al despedirse lloraban todos como unas Magdalenas.



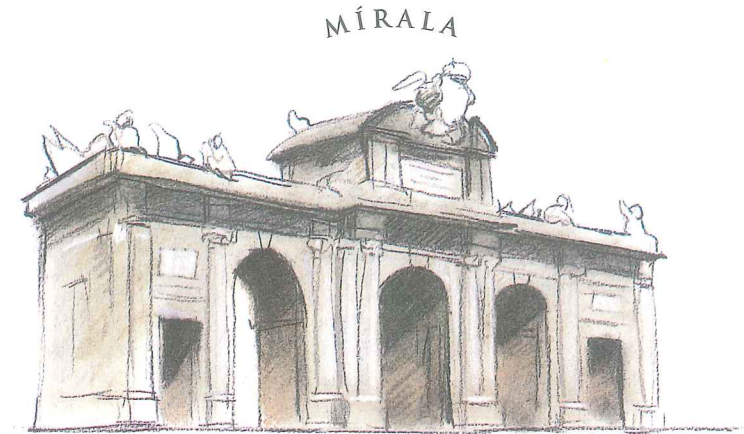
El conde era muy emprendedor y muy trabajador: Un día iba de visita a la Real Sociedad Económica de Amigos del País y conversaba con los sabios que en ella se reunían; con unos, sobre los últimos hallazgos del químico Lavoisier;



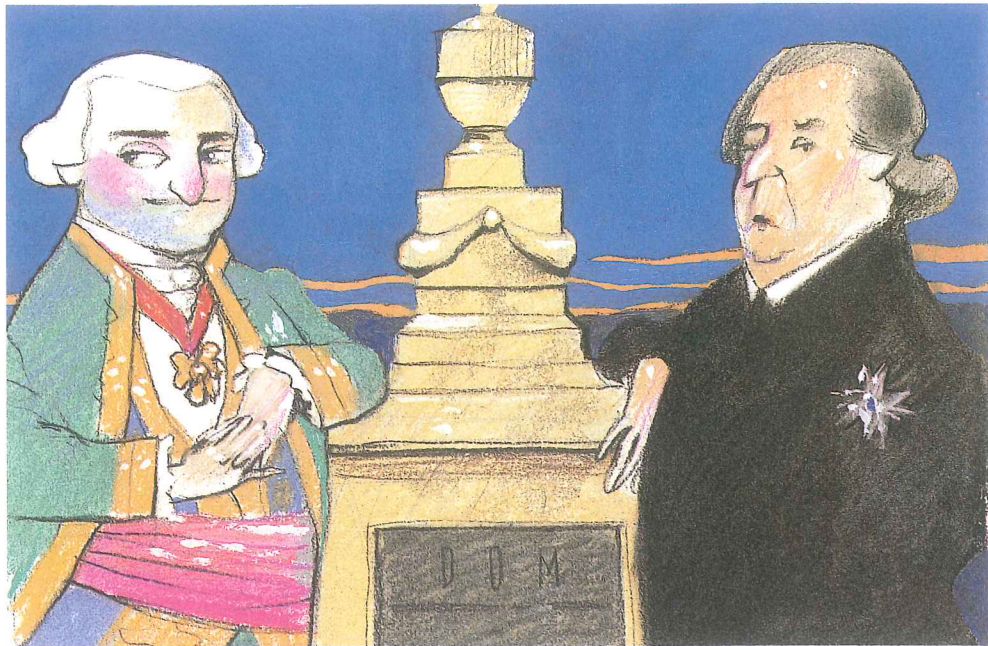
con otros, sobre la producción nacional de cereales; y con los de más allá, sobre cómo enseñar a los aprendices de los talleres artesanos a dibujar hojas de acanto y torsos de Belvedere.



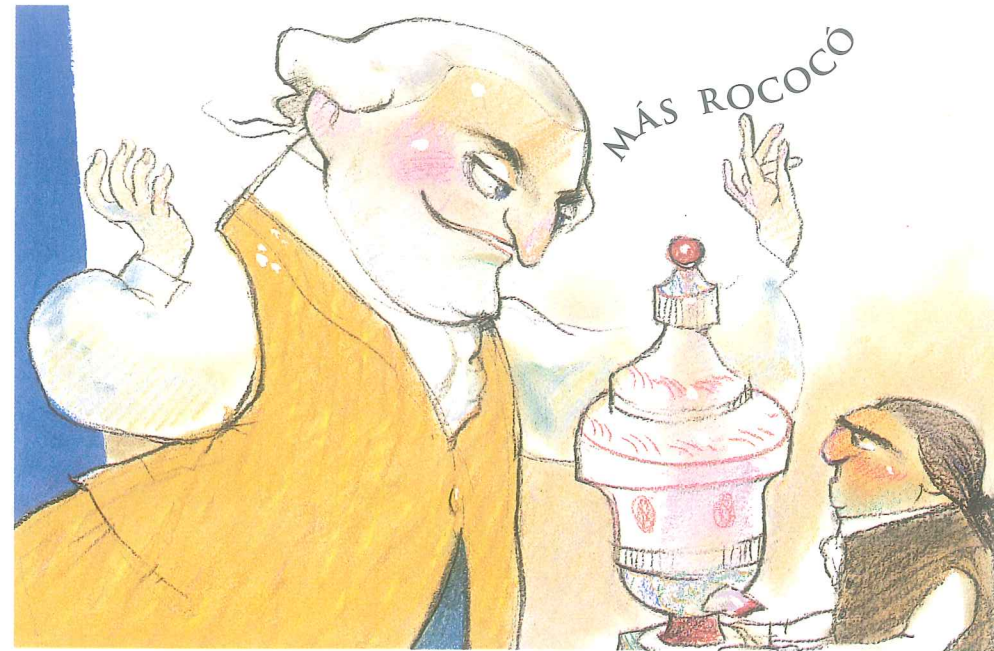
Otro día organizaba una caravana de colonos y la mandaba a repoblar Sierra Morena; o se ponía a levantar escuelas para que no hubiese tantos niños haciendo el zángano por las calles.



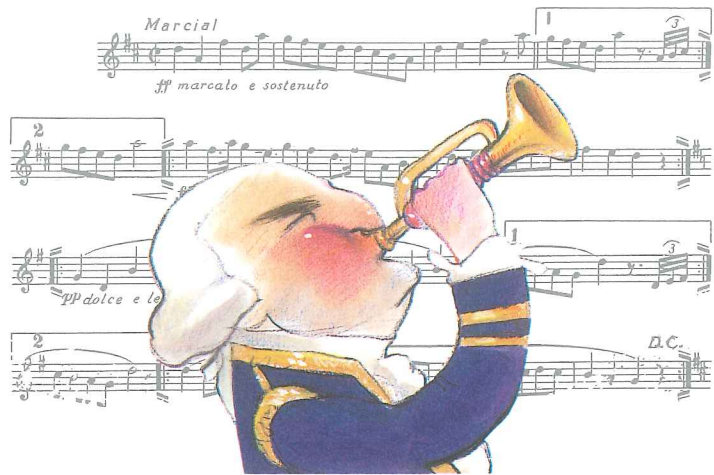
O se inventaba unos paseos preciosos para adecentar Madrid y los adornaba con árboles y con unos monumentos tan grandes y apoteósicos como la Puerta de Alcalá. No podía parar.



El conde, los Pignatelli, los Azara, Manolo Roda y algún otro, formaron el llamado "Partido Aragonés" que en realidad no era un partido. Además de mandar mucho, hicieron, entre otras cosas, el censo económico de Aragón, el Canal Imperial y, como eran muy somardas, la Fuente de los Incrédulos.



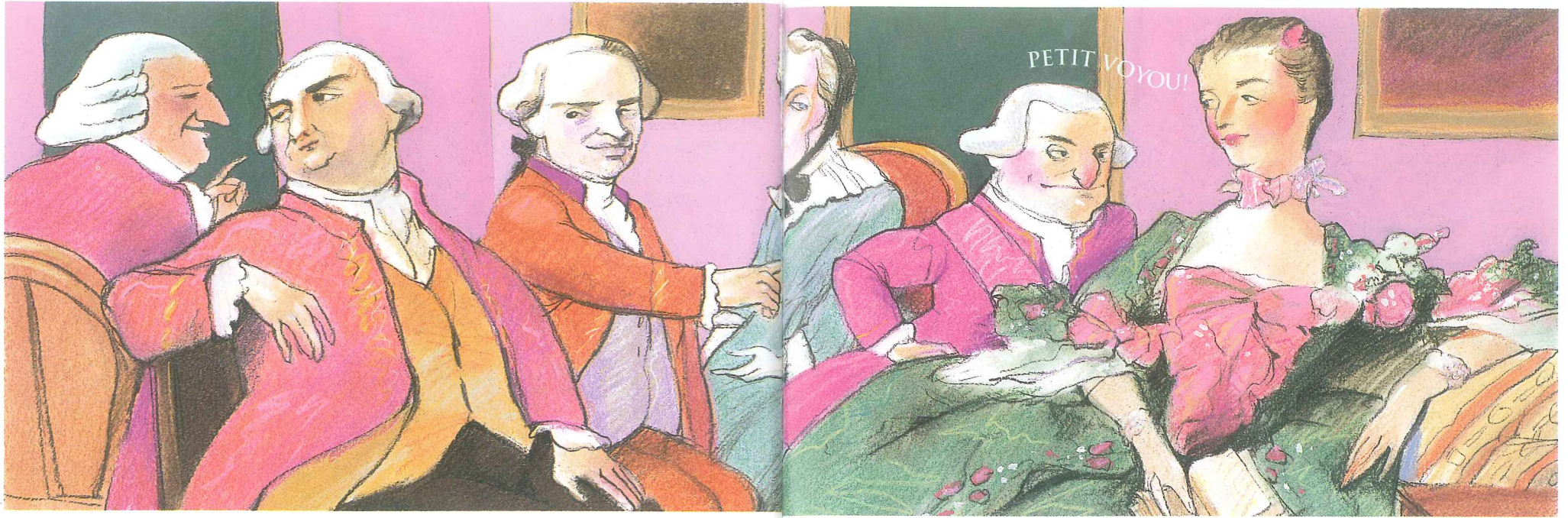
El conde tenía una fábrica de cerámica en Alcora en la que aquel hombre tan grande se convertía en un bibelot. Animaba a los maestros ceramistas a ser más modernos: "Más rococó, más rococó", les decía entusiasmado. Y era muy bondadoso con los obreros. Ni siquiera les obligaba a rezar el rosario todos los días.



Tenía una habilidad especial para engrandecer cualquier cosa: Con un par de arreglos por aquí y por allá, convirtió la marcha de granaderos que le había regalado su amigo Federico, en la Marcha Real.

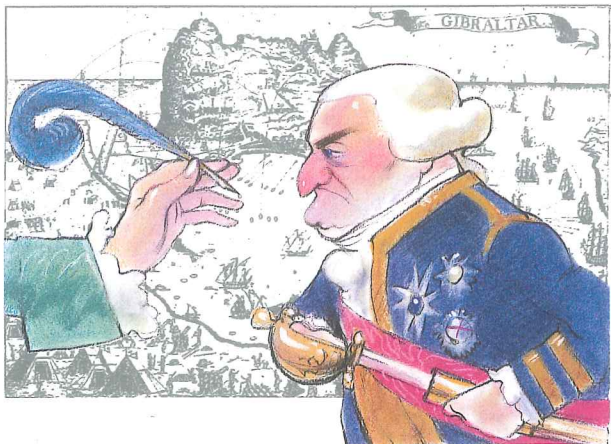


Sus enemigos, que se cansaban sólo de verle hacer tantas cosas, tan grandes y tan modernas, fueron a quejarse al rey, que estaba deseando tener un rato libre para salir de caza, y entre todos consiguieron mandar al conde de embajador a Francia una buena temporada.

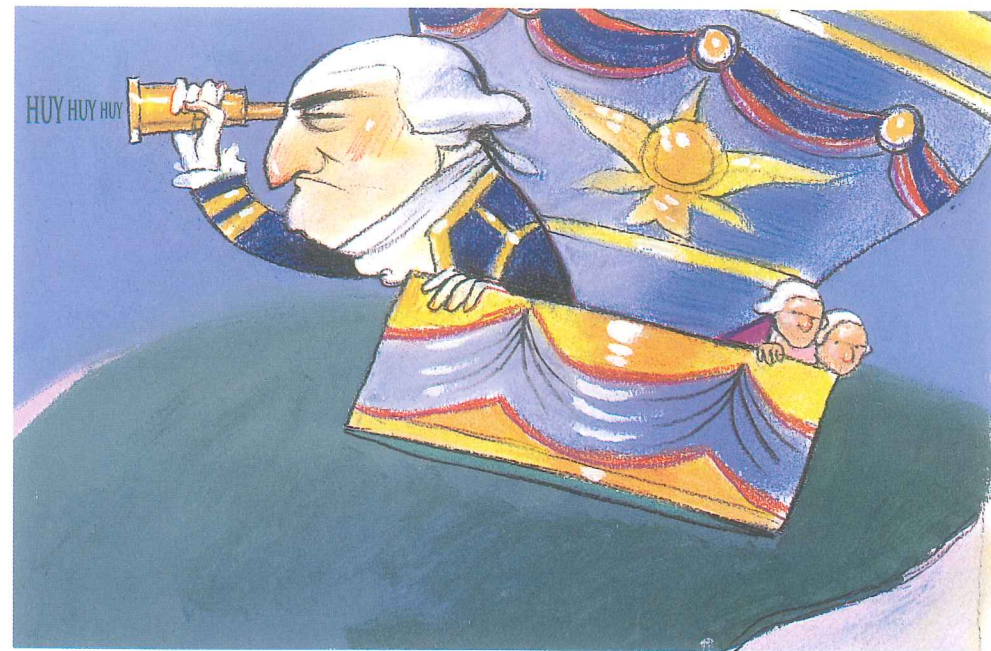


El conde, en Versalles, alternaba con los filósofos más ilustrados y con las damas más lustrasas. Los hombres empezaron a decir

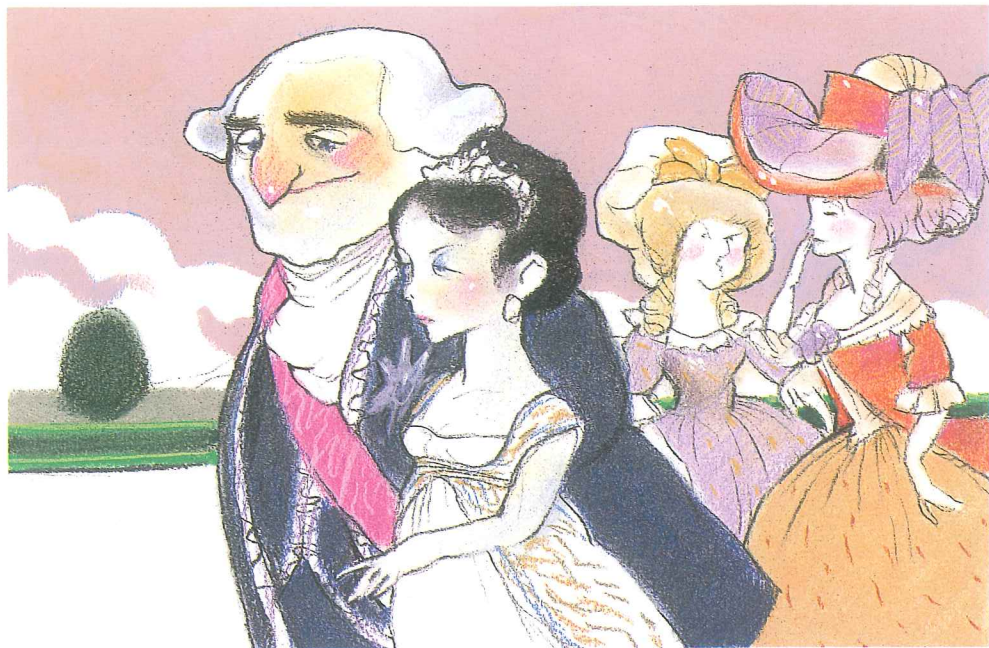
que era un masón y las mujeres, que era un pillín. Luis XVI le nombró Caballero del Espíritu Santo. París era una fiesta.



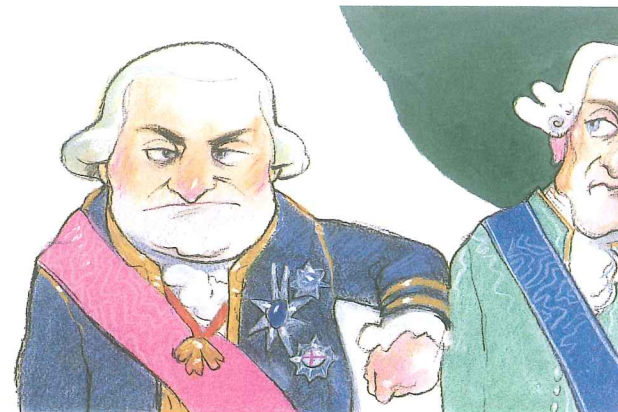
Pero el conde seguía empeñado en ir a la guerra. Quiso ir a luchar a Marruecos y no le dejaron; quiso ir a luchar a Argel y no le dejaron; quiso ir a luchar a Gibraltar, dos veces, y no le dejaron; quiso ir a luchar a Menorca y no le dejaron. Sólo le dejaron participar en un Tratado de Paz anglo-español.



Al comenzar la guerra de independencia en Norteamérica, el conde se elevó como un profeta por encima de su tiempo y dijo: "Para que no nos pase a los españoles en nuestras colonias lo que les está pasando a los ingleses en las suyas, es preciso cambiar algo para que nada cambie." No le hicieron ni caso.



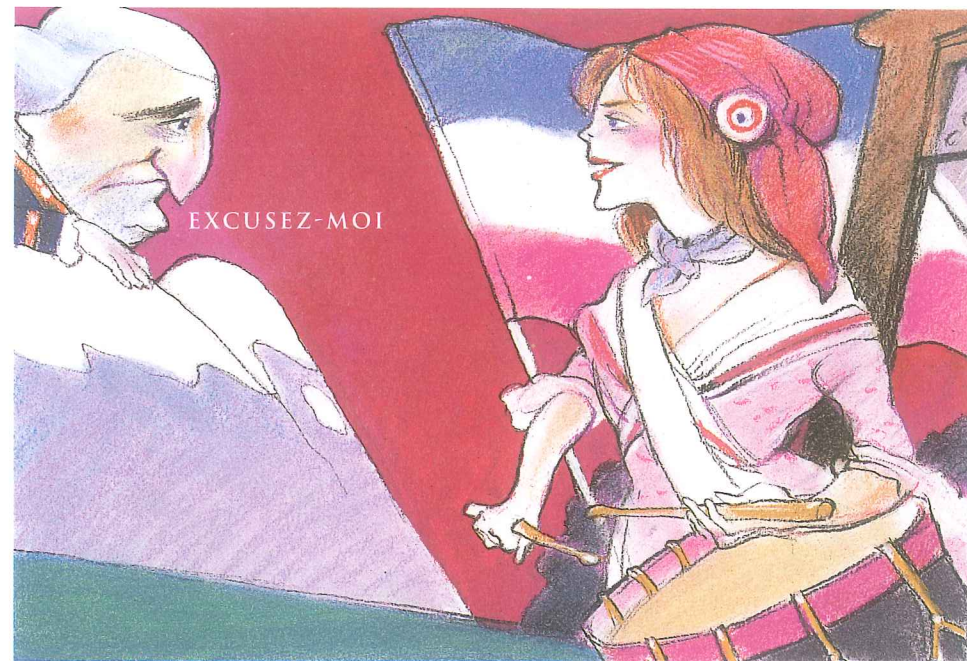
Cuando murió su mujer, Ana María del Pilar Fernández de Híjar, se casó con su sobrina María del Pilar Fernández de Híjar y Palafox. A la novia, que sólo tenía diecisiete años, el conde le parecía muy grande; pero la verdad es que en la boda se le vio bastante menguado. Y después de la boda, mucho más.



Cansado de Versalles, el conde dejó la embajada de Francia y volvió a España a lo grande, sustituyendo a Floridablanca como Primer Secretario de Estado. Eso sí, interino.



Poco después, a los franceses no se les ocurrió otra cosa que hacer la Revolución Francesa. Al conde le pareció una impertinencia y una grosería y, como tenía un pronto muy malo, gritó furioso: "¡¡Guerra a los fanáticos gallos!!"

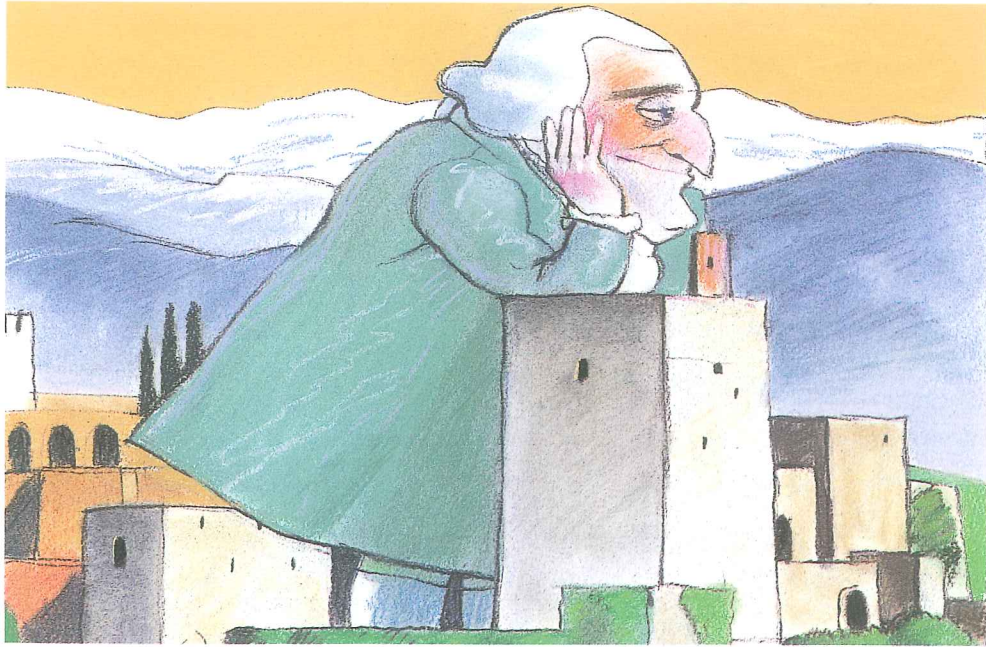


Pero, cuando se asomó por encima de los Pirineos y vio lo grandes que eran la *liberté*, la *egalité*, la *fraternité* y la guillotina, se lo pensó mejor y dijo con gran prudencia: "Tengamos la fiesta en paz."

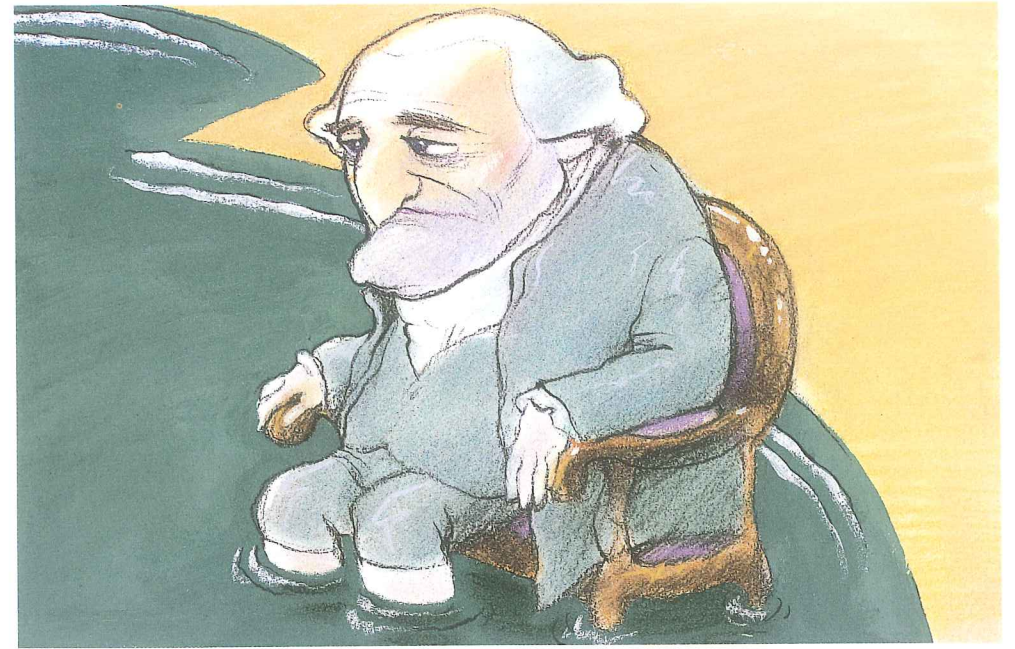


Godoy, que tenía muchas influencias, muchas ambiciones y muy poco talento, se puso como una fiera gritando delante del rey: “¿La fiesta en paz?! ¡Cobarde, traidor, pusilánime! ¡¡¡Guerra, guerra, guerra, guerra, guerra, guerra, guerra, guerra, guerra!!!”

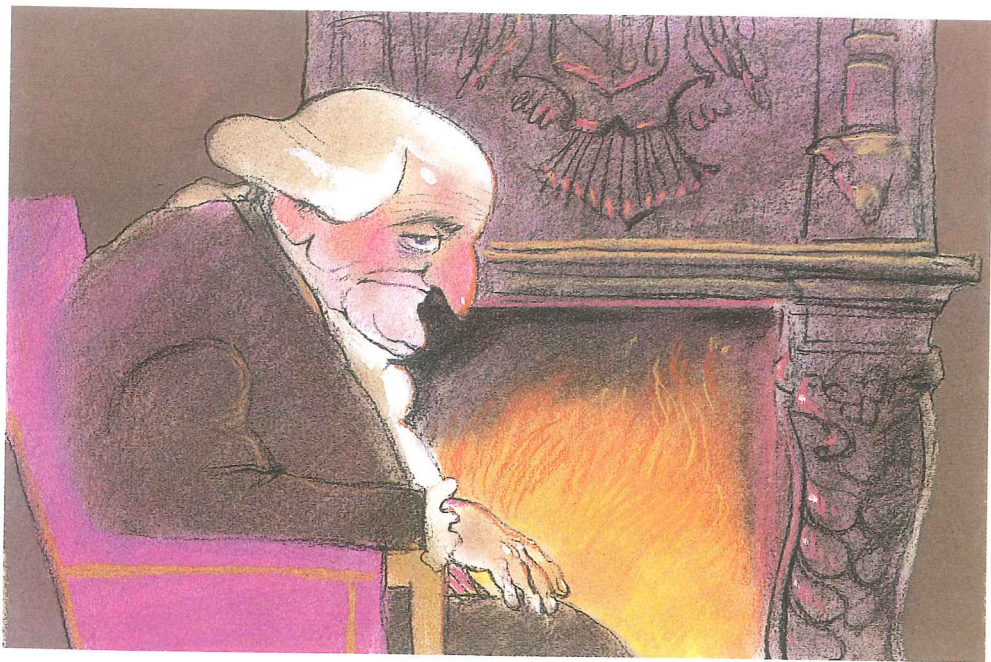
Así habría seguido si no le hubiese mandado callar la reina María Luisa que ese día tenía una jaqueca espantosa. De resultas de la pelea, el conde fue desterrado a Andalucía y a Godoy le nombraron Príncipe de la Paz.



El conde, viejo, enfermo y prisionero en la Alhambra de Granada, se consolaba viendo las puestas de sol más bonitas del mundo.



El pobre se puso tan malico que tuvieron que llevarle a tomar las aguas al balneario de Alhama de Granada y el sol a las playas de Sanlúcar de Barrameda.



Al fin, Godoy le dejó en libertad con la condición de que no volviera por Madrid ni loco. Al conde no le quedó más remedio que retirarse a su palacio de Épila y dedicarse a cuidar sus negocios y sus plantaciones de cáñamo.

Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea,
X Conde de Aranda, murió de una pulmonía,
a las cuatro de la tarde, el 9 de enero de 1798.



Y este librito
se terminó de imprimir
doscientos años y cuatro meses
más tarde.



xordiqueta



iberCaja

Obra Social

ISBN: 84-88920-28-8



9 788488 920287